

á su hija que ha muerto podrido tanto su cuerpo como su alma (47). Cuando sabe que Bossuet ha renunciado al obispado que no podía atender, y que se contenta con una pequeña abadía: ¡Pobre hombre! exclama. Cuando aparece su *exposición de fe*, escribe á su hija: «Me han dicho que Bossuet ha escrito un libro en el que asegura que, con tal que se crean los misterios, basta; y desapruueba todas las sutilezas del Santísimo Sacramento, que no son otra cosa que herejías. Este es el caso en que te encuentras.»

Conversiones.—Inculcada la religion en la primera enseñanza, existía en el fondo de los corazones, y la educación religiosa que por aquel tiempo recibían todos, era una especie de preparación contra un mundo corrompido, en el cual era preciso vivir de continuas transacciones entre el rigor de los principios y la laxitud de los hechos. Pero muchos sentían la necesidad de creer seriamente, y la Inglaterra no había introducido todavía la moda que llamaban el libre pensar. Por esto se ve á Bossuet estenderse sobre los últimos momentos de los personajes que alaba, principalmente sobre los de Condé; pronunciando el mismo Fontenelle el elogio de los académicos al paso que mueren, y hablando delante de una asamblea profana, no pasa nunca en silencio el modo con que han desempeñado sus deberes religiosos. Así era que se veía con frecuencia á personas de una vida disoluta ó disipada, volver la cara á Dios, pues los extravíos procedían del ardor de los sentidos, sin pasar por el hielo del racionalismo y del sarcasmo. Frecuentes ejemplos encontraremos al hablar de Puerto-Real de personas de mérito y de categoría, retirados en el claustro ó en la soledad. Sólo citaremos á Ana de Gonzaga, princesa palatina, una de las principales actrices de la Fronda, y que habiéndose consagrado después á Dios, mereció los elogios fúnebres de Bossuet. Madama de la Sablière, una de las mujeres más célebres de la clase media de entonces, seducía á los marqueses para arrebatárselos á la elevada sociedad y atraerlos á su círculo. Habiendo notado en Boileau un error de ciencia y de lenguaje, atrajo sobre sí la cólera del poeta, que le dió rienda suelta en una de sus sátiras. La-Fontaine encontró en ella una generosa protectora. Contestaba á uno de sus parientes, hombre grave, que le reprendía al cambiar con frecuencia de amantes, añadiendo que los animales al menos no aman más que una vez al año. «Precisamente, contestó, porque son animales.»

(47) Era hermano de Mad. de Montespan; sus dichos agudos hicieron le quisiese Luis XIV, que le hizo mariscal, y regaló un millon á su hijo cuando se casó. Preguntábase un día para qué servía la lectura, y él le contestó: Señor, la lectura es para el talento, lo que vuestras pérdidas para mis mejillas. Era estremadamente gordo, y Mad. de Sevigné le designa con el nombre poco gracioso de Gordo reventado.

Concluyó por refugiarse en la devoción, se consagró á obras de beneficencia, y escribió los *Pensamientos cristianos*, que dignamente figuran entre los muchos libros piadosos de aquel siglo.

La Longueville, 1619-79.—Ana Genoveva, hermana del gran Condé, había sido inclinada á la meditación por los primeros reveses de su familia; y aunque llena de sentimiento y curiosidad, había resuelto hacerse monja; pero cuando su madre quiso llevarla al baile, se presentó con todo el brillo de la belleza y del adorno, y el cilicio que ocultaba bajo aquellos brillantes trajes fué una vana defensa contra las seducciones á que demasiado se entregó. Llegó á ser el adorno del palacio de Rambouillet, donde vió á los hombres más elegantes suspirar por ella, á los poetas celebrar sus encantos, á los más grandes señores, los magistrados y los cardenales tributarle homenajes. Una necesidad de emociones que sin cesar renacía, la hacía cambiar de amores; casada con el duque de Longueville, le abandonó; comenzó después á viajar por el reino en su busca para poner al abrigo, no su virtud, sino su reputación, lo cual no la impidió ser más festejada que una reina. La misma maternidad no pudo tranquilizarla, y fueron precisas todas las intrigas de la Fronda para que evitara el fastidio. Dominaba enteramente á sus hermanos Conti y el gran Condé, y hasta el mismo cardenal de Retz. Enalzada hasta las nubes por el pueblo, dirigió á los combatientes en las barricadas y sitios: negoció de igual á igual con Ana de Austria un tratado de paz, por el cual hizo dar gobiernos á sus hermanos y un baile en obsequio de ella. Pero habiendo cambiado de repente la fortuna, se vió precisada á andar errante, desconocida, hasta que pudo llegar al mar. Encontró á Turena y con él su antigua prosperidad: aun decidió de los destinos de la Francia, y el parlamento la declaró inocente, y *no culpable sino de lesa amor*.

Sin embargo, en medio de aquel delirio de ambición y deleites, las serias ideas de su juventud volvían á su imaginación: escribía á la abadesa de las Carmelitas: «Mi más ardiente deseo es ver terminada esta guerra para refugiarme á vuestro lado y concluir mi vida lejos del mundo. Pero no puedo hacerlo antes de que se firme la paz. Parece que no se me ha concedido la vida sino para hacerme sentir su peso y amargura. Todo lo que me une á ella se encuentra roto, ó más bien despedazado. Escribidme con frecuencia, y mantenedme en el disgusto que experimento hácia esta terrestre peregrinación.»

De esta manera se espesaba aquella mujer cortejada y aplaudida que desempeñaba en Francia el primer papel. A la edad de treinta y cuatro años se retiró de aquella escena tumultuosa. Se reconcilió con su marido, á quien conce-lió y de quien obtuvo perdón. Cuando llegó la hora de su muerte gastó mucho dinero en obras de caridad, en reparar los males que se habían sufrido durante la Fronda; libertó á novecientos presos por deudas; y

después de haber aceptado como una expiación el mal fin de sus hijos, dejó á la posteridad un monumento de edificación en sus cartas y memorias.

Vióse también á la Vallière expiar en un claustro el crimen de haber amado demasiado. Madama de Montespan hizo construir, para instrucción de las doncellas, una hermosa casa titulada de Las hijas de San José, á donde se retiró después de su desgracia. Como consecuencia de una noble emulación, madama de Maintenon fundó la casa de Saint-Cyr para doncellas pobres de la nobleza, como lo había sido ella; y después de la muerte de su real esposo se encerró en ella el resto de su vida. Al acercarse la Pascua, toda la elevada sociedad tenía la costumbre de retirarse á un convento, y «fastidiarse por amor de Dios,» como dice madama de Sevigné.

De esta manera se puede explicar el interés que la sociedad se tomaba, en medio de tanto fausto y disipación, por las cuestiones de gracia, por el misticismo de madama Guyon, y por el amor puro de Fenelon; ésta fué también la causa de que las *Provinciales* de Pascal pudiesen llegar á ser el libro de moda.

La alta sociedad toleraba, sin embargo, en medio de tanto refinamiento ciertos vicios vergonzosos, porque con frecuencia la moral sufre complaciente el imperio de la moda ó la influencia de las distinciones sociales. No era una deshonra enganar en el juego; vicio que llegó á ser dominante después de Mazarino; un noble no se avergonzaba porque se le persiguiese violentamente por rapto ó violencia. Era de buen tono tener deudas, no pagar á los acreedores ni los impuestos. Continuamente tenía que conceder Luis XIV cartas de próroga á los que recurrían á él ó pagar sus deudas (48). El

(48) El juego proporcionaba también ocasión á célebres generosidades. Pierde Voiture en una reunión mil cuatrocientos lises, y como le faltaban doscientos para completar la suma, escribió á Costar:

«Os ruego me enviéis lo más pronto posible doscientos lises que necesito para completar los mil cuatrocientos que he perdido ayer noche. Sabeis que lo mismo juego sobre vuestra palabra que sobre la mía. Si no los teneis, pedidlos prestados; si no encontráis quien os los preste, vended lo que tengais, pues los necesito absolutamente. Mi amistad habla con tanto imperio, porque es fuerte; la vuestra, aun débil, diría: Os suplico me presteis doscientos lises, si lo podeis sin incomodidad. Perdonad que os hable con tanta libertad.»

Costar, que era otro gran talento de aquella época, le contestaba: «Nunca hubiera creído gozar de tanto placer por tan poco dinero. Puesto que jugais sobre mi palabra, siempre os tendré dispuesto un fondo. Además, os advierto que uno de mis parientes tiene siempre mil lises, de que puedo disponer como si estuviesen en nuestra caja. No quisiera por otra parte esponeros con esto á alguna pérdida considerable. Un amigo me decía ayer que su ex-haber había sido el mejor amigo que había encontrado en el mundo; conservad pues el vuestro. Os devuelvo vuestra obli-

tación, admirándome de que obreis de esta manera conmigo después de lo que he visto hicisteis el otro día con Balzac.»

también jugaba fuerte, y aun más su hermano y el delfín. Cuando los escrúpulos entraron á la parte, al retirarse las señoras, regalaban á los jugadores lo que habían perdido, como si hubiesen querido, enganar á Dios y á su conciencia. Estafadores y personas tenidas por falsarias fueron introducidas en la sociedad, donde tenían buena acogida, porque eran jugadores y cínicos. Otros trataban de procurarse dinero solicitando los bienes confiscados de los herejes, de los suicidas, ó denunciando á los concusionarios: y al hombre de bien sucedió el hombre de mundo.

El trato con las mujeres produjo la frivolidad; no se trató ya de ser un galante hombre, sino un hombre galante. El espectáculo del desorden no escitaba ya en las almas honradas odios vigorosos; por el contrario, reinaba cierta indiferencia de principios, la duda sobre opiniones respetadas, la burla y el cinismo. La vanidad hacia sucumbir á más mujeres que los sentidos. La desnudez de las expresiones de Molière indica costumbres disolutas. La galantería era un pasatiempo admitido, se escusaba el adulterio, hasta se le justificaba en el *Anfitrión*, y se descórría el velo nupcial. Por otra parte, dirigiendo sus tiros, no contra la galantería, sino contra la devoción, el poeta favorecía la corrupción, pues designaba como hipócritas á los que no seguían la corriente del siglo. Segun La-Rochefoucauld, «hay pocas mujeres honradas que no estén cansadas de serlo.» La-Bruyère escribía que «muchas mujeres se les designaba mejor por el nombre de sus maridos que por el de sus amantes, y que los devotos llegarían á ser ateos bajo el mando de un rey ateo.» A fines del reinado de Luis XIV, había hecho tantos progresos la corrupción, que no agradaban ya las mujeres, y que Bourdaloue tuvo que levantar su voz contra un vicio que «la Sagrada Escritura no quiere nombrar,» y del que resultaban amores semejantes en el otro sexo.

La Ninon, 1620-1705.—Hemos llegado ya á la célebre Ninon de Lenclos. Hermosa con la hermosura que no se estingue con los años, instruida y conociendo los mejores autores, bailaba como una

gación, admirándome de que obreis de esta manera conmigo después de lo que he visto hicisteis el otro día con Balzac.»

Balzac había enviado á pedir prestados á Voiture cuatrocientos lises. Después de habérselos contado al criado, escribió Voiture al pié de la obligación: «Yo, el abajo firmado, reconozco deber á Balzac ochocientos lises, por el placer que me ha proporcionado pidiéndome prestados cuatrocientos.»

Otra vez en el sitio de Thionville, habiendo perdido el marqués Pisani en el juego todo lo que tenía encima, y además su equipaje, Voiture le envió cien pistolas, con este billete: «Creyendo que así como yo he jugado por vos en Narbona, vos habeis jugado por mí en Thionville, y habeis doblado la puesta en mi nombre, os envío cien pistolas, á cuenta de la pérdida que pueda corresponderme.»

gracia, y tocaba la lira como una musa. Aprovechándose de lo ridículo con mucha delicadeza, de un carácter fácil é igual, pronto fué la admiración de la ciudad. Su padre, hidalgo de Turena, la educó en los principios de un fácil epicureísmo, diciéndola en su lecho de muerte: «Aprovechaos de un tiempo precioso, y no seáis escrupulosa en el número de vuestros placeres, sino en su elección.» Semejantes consejos, alimentados por un temperamento ardiente, hicieron que considerase al amor, no como un sentimiento, sino como una sensación, que no debía dejar arrepentimiento ni gratitud. Dueña de sus acciones á la edad de quince años, colocó su patrimonio en renta vitalicia para asegurarse una estable; negóse á todo vínculo de matrimonio ó empleo en la corte, se hizo superior á todas las conveniencias de su sexo y de la costumbre, y no pensó más que en los placeres, gozando de las adulaciones de sus mil adoradores, recompensando con favores fáciles á los que prefería, siempre buscada, y no envileciéndose nunca.

La calle de los Tournelles, en que habitaba, ofrecía un extraño contraste con la severa moral de Puerto-Real, y el alambicado platonismo del palacio de Rambouillet. El epicureísmo resucitado por Gassendí era profesado allí teórica y prácticamente. Cambiando con frecuencia de amantes, se abandonaba Ninon á cada uno de ellos con la impetuosidad de una pasión única, para pasar pronto á los brazos de otro. Escribía á uno ellos: «Espero amarte tres meses, que para mí es la eternidad.» Anunciaba lealmente á aquel á quien un rival suplantaba que había concluido su reinado. reinado que nadie por lo demás ignoraba ser de corta duración: pero los amantes que abandonaba, se convertían en amigos; y fiel en extremo en un sentimiento más tranquilo les ayudaba, socorria y se dedicaba á hacerles obtener honores y empleos. El marqués de La Chatre quiso que se comprometiese con él en un billete á amarle siempre y sólo á él; le escribió en los términos que deseaba; mas pronto decía en los brazos de otro: «¡Qué buen billete conserva La-Chatre!» Cuando se encontró embarazada, los dados fueron los que decidieron entre sus amantes la paternidad, que ella tampoco podía asegurar. Al paso que en el palacio de Rambouillet todo eran frases ampulosas é ideas oscuras, en el de Ninon, la naturalidad y las gracias desnudas eran las que reinaban. Nada de académico ni de contritas fisonomías; pero se aprendió allí á no tratar como crímenes dulces errores, y dar el nombre de placeres á delicados vicios. Dividía los amantes en pagadores, mártires y favoritos. Sin embargo, rara vez aceptaba regalos, sobre todo de aquellos á quienes se había entregado.

A porfía deseaban ser admitidos en su reunión para concluir su educación y adquirir el tono de la sociedad elegante. Las madres aspiraban á que le agradaran sus hijos; las señoras que pasaban por de mejor conducta, y hasta las mismas devotas, á las que llamaba las *jansenistas del amor*, se procla-

maban sus amigas. Madama de Maintenon, á quien había protegido en su humilde fortuna, intentó en su prosperidad atraerla á la corte. Cristina de Suecia declaró que ninguna francesa le había agradado tanto como la *ilustre Ninon*, é hizo todo lo posible por llevársela á Roma. Los talentos más distinguidos dividían entre ella y Luis XIV sus alabanzas. Molière la consultaba sobre sus obras, y tomaba de su gran experiencia caracteres y escenas. La condesa de Orlon, afamada por su belleza y el número de sus amantes; la condesa de Suze, célebre por sus elegías, el poeta Waller, las señoras de Mazarino y de Manzini, el espiritual Saint-Evremont, el fino La-Rochefoucauld, abandonado por la antigua sociedad, madama de La-Fayette, Gourville y otras más, ofrecían sus homenajes á la «nueva Aspasia, nueva Tais para los fáciles sabios de la Atenas de las Galias.»

Tan despreocupada con respecto á la religión como á la moral, en vano fué que los jesuitas y Puerto-Real procuraran atraerla á sí. Riéndose de los jansenistas y de los monilistas que se disputaban su alma como sus amantes su cuerpo, decía, no obstante, á Saint-Evremont: «Doy gracias á Dios todas las noches por mi talento, y le ruego todas las mañanas me preserve de las imprudencias de mi corazón.» De esta manera continuó viviendo hasta la edad de ochenta y cinco años, sin que la vejez la hiciese perder nada de su talento, y se asegura que hasta esta edad conservó amantes. Refiérese también que para sustraerse á las solicitudes de un joven ardientemente enamorado de ella, se vió obligada á declararle que era su madre, y él se dió muerte en su presencia.

Lo que choca más en aquella refinada sociedad, es la mención tan frecuente que se hace de venenos, astrólogos y adivinos. Enriqueta de Inglaterra murió envenenada; se cree que lo mismo sucedió á los dos delfines, á la duquesa de Borgoña, á Louvois y á otros muchos. La marquesa Maria de Brinvilliers tenía por amante al joven Santa Cruz, que á solicitud de su marido, fué puesto en la Bastilla. Hizo allí conocimiento con un tal Exili, italiano, que se decía había hecho morir en Roma á ciento cincuenta personas en el pontificado de Inocencio X. Santa Cruz aprendió de él el arte de componer los venenos, y cuando recobró la libertad lo enseñó á su querida, que se resolvió á hacer morir á toda su familia para casarse con su amante. Después de haber hecho sus experimentos en los enfermos del hospital, á quienes llevaba bizcochos, dió muerte en pocos años á dos de sus hermanos, á una hermana y á su padre; no pudo conseguir hacer morir á su marido, á quien Santa Cruz administraba antídotos, resuelto á no casarse con aquella perversa mujer. Las memorias de la época añaden, que habiendo oído hablar de una joven encerrada por fuerza en un monasterio, le prometió ayudarla, y que pronto perecieron sus parientes. A Santa Cruz se le encontró sofocado destilando venenos, y se halló en su casa una caja

con el nombre de Brinvilliers, llena de sustancias venenosas y cartas, de las cuales una contenía la confesión general de su vida. En su consecuencia, fué decapitada y quemada. Un criado de Santa Cruz, á quien se le sospechó de complicidad, sufrió el suplicio de la rueda (49).

No por esto cesaron los envenenamientos, y las revelaciones de la marquesa en la hora de su muerte hicieron se atribuyesen á maleficios todas las muertes repentinias y todas las enfermedades raras. La chistosa denominación de *polvos de sucesión* esparció un secreto espanto (1679); en su consecuencia, el clamor popular determinó al gobierno á establecer un tribunal para conocer en esta clase de crímenes. La principal acusada sobre la que tuvo que sentenciar, fué la Voisin, partera, que se dedicaba al charlatanismo y se ocupaba en el oficio de tercera, lo cual la había puesto en el estado de establecer una rica casa. Presa como envenenadora con varios de sus cómplices, designó, con el objeto tal vez de salvarse, á algunas personas de la primera categoría de las que tenían costumbre de acudir á su casa, tales como la duquesa de Bouillon, el mariscal de Luxemburgo, la duquesa de Soissons, madre del príncipe Eugenio de Saboya: sometida al tormento y careada con los que acusaba, conservó hasta el momento de ir á la hoguera una intrepidez cínica (50). Uno de sus hermanos, La-Vigoureux, y un sacerdote llamado Lesage, fueron condenados como cómplices suyos á diferentes penas; tal vez su crimen se reducía á haber concebido la loca esperanza de hacer oro, y buscado, como tantos otros antes que ellos, el polvo de proyección.

Punto de honor.—Las venganzas son otro de los caracteres de aquella época, no las ejecutadas en el primer movimiento de cólera, sino por deber, con arreglo á lo prescrito, por lo que se llamaba pundonor, y en las cuales tomaba parte la parentela, toda la clase, y á veces todo un país. El hidalgo debía tomarla con ayuda de su espada; lo cual produjo entonces ena ciencia particular; ciencia caballeresca, cuyos preceptos procedieron de Italia, como también los más afamados maestros de esgrima. Puede en efecto citarse por desgracia á más de cincuenta escritores sobre esta materia, legistas en su mayor parte, que aplicaban á ella las reglas de la jurisprudencia. Sus libros tratan de los medios de buscar una cuestión, cambiarla, agravarla, establecerla y renunciar á ella; se encuentran en ellos las escepciones dilatorias y pe-

rentorias. También se indica al que se debe proclamar vencedor, en el caso en que ambos adversarios sucumban: se aprende asimismo qué movimiento es vergonzoso y qué pedazo de las armas es más deshonoroso perder. Presentan sobre cincuenta formularios de las diferentes causas que deben insertarse en los carteles; además se dice cómo deben declinarlos, negarse á ellos y desecharlos; si conviene aceptar los de personas que no sean nobles ó sólo de sus iguales; á quién pertenece la elección de las armas, y designar el sitio, si al provocador ó al provocado; y cuáles son las armas de los caballeros. Después siguen sutiles definiciones del honor y de sus especies, si pertenecen al que honra ó al honrado; lo mismo que para la injuria considerada en su cualidad, cantidad, relación, pasión, situación, lugar, acción, movimiento y fortuna; lo que hace que se distinguan las injurias en dichas, contestadas, compensadas, redobladas, propulsadas, repetidas, vueltas á contestar, necesarias, voluntarias, voluntariamente necesarias y mixtas.

Después sigue la doctrina del *cargo*, es decir, la obligación de enojarse, desechar, rechazar, probar y reprobado; defínese después la enemistad y el resentimiento, la venganza, el descargo, la provocación, el castigo, la venganza transversal, la ventaja, la superchería, el asesinato, la vía indirecta, el mal medio, la traición y la perfidia; cuándo conviene hacerse cargo de la causa ajena; si una injuria queda borrada con otra igual. *El espejo del honor* enumera una larga serie de presunciones, «pasando en silencio más de ciento y de otras mil que se podrían añadir.»

Ahora bien, puede juzgarse cuánto deben ocuparse estos casuistas del duelo del *mentis* verdadero, punto cardinal de semejante estudio. Es afirmativo, negativo, general, particular, condicional, absoluto, privativo, positivo, que niega, *infinito y limitado*, cierto, simple, singular, general para la persona, para la injuria y para una y otra; sobre la voluntad, sobre la negativa y sobre la afirmativa; válido, insignificante, coronado, injurioso, supositivo, circunscrito, cubierto, vano, nulo, escandaloso, verdadero, dicho con verdad, falso y dicho con falsedad; siguen los *mentis* legítimos, impertinentes, ridículos, desordenados, generales sobre cosas particulares y particulares sobre cosas generales. En vano se afanaban estos petulantes en distinguir los *mentis* válidos de los que no lo eran, el actor que miente injuriando, del acusado que miente injuriado, el autor que provoca del provocado. Después discutían sobre la prueba y sobre el sosten, como también del actor que se finge acusado, del interpretativo que opone las escepciones de compensación, que desempeña el papel de acusado provocado por la forma de sus palabras.

Y si llegaban á conciliar las diferencias, nuevos debates surgían sobre la satisfacción y la paz, general ó particular, esterna ó interna, natural, civil, pública, doméstica, y sobre las diferencias entre

(49) Véanse las *Cartas de Mad. de Sevigné* y las *Causas célebres*. La Brinvilliers fué defendida por Nivelles, abogado del parlamento.

(50) «Se asegura que el confesor de la Voisin dijo que había dicho Jesús Maria en el fuego. Tal vez es una santa.» Madama de Sevigné.—La Brinvilliers fué también reputada como una santa por el pueblo.